

SIN ÉL

Le había enviado un wasap pero él no me aseguró que vendría. No sé por qué no se había atrevido a confirmármelo. Entré en el Centro de Exposiciones hola, buenos días; buenos días, una sonrisa joven y amable me entrega la hojilla de presentación. Gracias.

El dios del fuego Agni me recibe de frente, lanzando alienadas y racionalistas llamaradas amarillas y rojas, ¡bienvenida! ¿Oriente es Oriente?

Un promontorio de encendidos colores llama mi atención. Finos algodones, gasas, cachemires, lujosos brocados de seda... Se diría que el alma de cientos de mujeres late bajo esas telas. Puedo captar sus voces, sus charlas, sus risas. Sin pensarlo, de pronto, el inescrutable revoltijo se transforma en un conglomerado de cuerpos inertes tras una masacre. Entonces percibo el sonido de un mantra que llega desde arriba y que penetra como un rezo en mis oídos. Me detengo, escucho. Un espontáneo recogimiento se apodera de mí mientras observo aquel alboroto de vivos atuendos muertos, apilados unos sobre otros. No obstante, intuyo que aquella multitud de mujeres indias sigue allí, agazapada tras las esquinas de la galería, observando mi reacción ante aquel enigmático mutismo de los saris desnudos.

Tres de ellas aparecen de pronto delante de "La entrada de la India" y, orgullosas de su presente, me invitan a penetrar en la exótica jungla por la que antiguos exploradores rastrearon su reino. Acepto. Un inmenso elefante avanza ingrávito sobre la pared. Me gusta verlo así, suelto y salvaje, sin nadie que lo monte o lo domine. Nos miramos.

El fuego áureo ilumina intimidades, abre puertas, ventanas y mentes.

Ha llovido en aquella calle china y los pequeños comercios familiares se resienten. Él no ha llegado. La virgen del pino se confunde con una deidad india y aquel botafumeiro gigantesco exhala un agitado orientalismo humano. ¡Qué elegante es esa caligrafía sánscrita, me hipnotiza!

La constelación del sol naciente entona una nana mestiza. Analizo los mapas. Leo la breve historia del asentamiento de la colonia india en mi ciudad. Llegará un día en que las autovías serán soterradas y en su lugar se extenderán despejadas avenidas por las que todos podremos pasear, aspirar el aire limpio del Atlántico, contemplar la salida del sol que llega desde Oriente para desaparecer por Occidente.

El ojo de Buda me vigila mientras traspaso corazones. Me detengo ante la postura erótica de dos amantes encuadrados en la danza del principio y del fin.

Bajo el ascensor. Él no aparece. Las cuatro canecillas refulgen, ya no levantan ningún peso. Igual que yo.

Adiós; adiós, gracias.

Salgo a la calle sola. Sonrío aliviada y me dirijo a la parada de guaguas. Una mujer engalanada con un hermoso sari se sitúa junto a mí.